

protestó el Sr. Palafox que se habia sostenido vigorosamente en esta ruidosa y escandalosa lid. Mandóse ejecutar el breve por el consejo de Indias: pero en el año de 1652 todavía no tenia su cumplimiento; de modo que fué necesario sobrecartar la cédula por la oposicion de los padres jesuitas. Tambien declaró el rey en cédula de 1684 dirigida á los dominicos *Fr. Agustín Godines y Fr. Juan de Paredes*, que los jesuitas *se excedieron en nombrar los jueces conservadores*, así como estos en aceptar semejante nombramiento.»

El gobierno del Sr. Torres de Rueda, que fué de unos cuantos meses, no cuenta otro hecho notable, fuera de la conclusion de este ruidoso pleito; y habiendo muerto este prelado, siguió la audiencia gobernando en su nombre, mientras llegaba el nuevo virey.

## CAPITULO XIV

Gobierno del conde de Albadeliste, el duque de Alburquerque, el conde de Baños y el Marqués de Mancera

El 3 de Julio de 1650 llegó á México D. Luis Enriquez de Guzman conde de Albadeliste: como era hombre de buenas maneras, se hacía obedecer fácilmente guardándole siempre el respeto debido á su categoría, y el aprecio que le merecían sus buenas cualidades personales. De esta manera en todo el tiempo de su gobierno, siguió con regularidad el curso de los negocios públicos; pero no fué tan feliz que en su tiempo no se derramara con abundancia la sangre, pues en el mismo año, que tomó posesion del vireinato, dió principio la sublevacion de los tarahumares, que unidos con los conchos y tobozos, pusieron

por mucho tiempo en gran conflicto al gobierno de la N. Vizcaya.

Desde el año de 48 cuatro indios, gefes de algunos pueblos de esta provincia, empezaron á esparcir en los pueblos algunas especies sediciosas, que al fin vinieron á hacer explosion, siendo el primer punto que atacaron un pueblo llamado San Francisco de Borja, donde murieron cinco españoles y algunos indios aliados. Apenas supo este levantamiento D. Luis Valdés, gobernador de Durango, mandó órden al capitan D. Juan Barraza gefe del presidio de Cerro-gordo, para que inmediatamente marchara á castigar á los sublevados: este capitan marchó á largas jornadas hasta el valle del Aguila donde se habia reunido el mayor número de enemigos; pero siendo este muy excesivo y teniendo posiciones muy ventajosas, determinó Barraza no emprender cosa alguna, hasta no dar aviso á Durango pidiendo refuerzo de soldados y algunos víveres. Cuando llegó esta noticia habia cambiado el personal del gobierno y se hallaba en él D. Diego Fajardo, quien reunió los soldados que pudo y él mismo salió á reunirse con Barraza. Se abrió la campaña por distintas partes, talando las sementeras de los naturales, quemando sus pequeñas poblaciones y matando algunos enemigos: con esto se atemorizaron los demas, y pronto volvieron haciendo solicitudes por la paz, que les fué dada con la condicion de entregar á los cuatro gefes de la sublevacion. Los que se encargaron de esta funesta comision de entregar á la muerte á sus mismos señores, pronto presentaron al gobernador las cabezas de dos de ellos, llamado uno Tepox y otro Bartolomé, quedando errantes por los bosques los otros dos Sopigiosi y Ochavari, que al fin tuvieron que ceder á la mayor fuerza de sus perseguidores. Aunque no quedó del todo extinguido el fuego de la sublevacion, por lo que despues se vió; pero amor-

tiguado por lo menos, el gobernador determinó volverse, dejando antes fundada la villa de Aguilar en un sitio hermoso por la abundancia de agua y la feracidad de sus campos, y establecida una mision al cargo del padre jesuita Cornelio Bendin, en el valle de Papigochi, uno de los lugares mas poblados de tarahumares.

Este varon apostólico, dotado por naturaleza de un carácter blando y animado del mismo fuego de la caridad de todos sus hermanos, no cesaba de trabajar en aquel campo que se le habia señalado; y en poco tiempo regeneró con las aguas del bautismo á la mayor parte de los adultos que estaban bajo su cuidado, sacándolos de los breñales en que habitaban como fieras, para aplicarlos á su lado al trabajo que es el fundamento de una pacífica sociedad. Esto llenaba de consuelo al siervo de Dios, porque tan abundante fruto le era concedido á su trabajo; pero un placer tan grande para su generoso corazon, fué bien presto disipado por las amarguras, que cada dia fueron en aumento hasta sellar con el sacrificio de su vida, una carrera empleada en beneficio de la humanidad.

Los españoles que habian quedado poblando la villa de Aguilar, no atendian tanto al bien espiritual de la civilizacion de los indígenas, como al aumento de sus intereses materiales y por esto cometian toda clase de tropelías y vejaciones con los naturales de la mision de Papigochi, que empezaron á desagradarse con aquella injusta conducta, creyendo que el ministro misionero no servia sino de instrumento para atraerlos á ser víctimas de la avaricia. El Padre Alegre de quien tomamos esta relacion dice: «En vano se quejó el misionero á la justicia y aun al gobernador del Parral. Nada valió sino para atraerle nuevos enemigos entre los mismos españoles, de quienes no faltó un malvado que intentase poner sus manos sacrilegas en el Cristo del Señor. Los indios, que hallándose

afligidos y cuasi reducidos á esclavitud se creian engañados, procuraron deshacerse de unos vecinos tan incómodos. No estaban aun bien apagadas las cenizas del pasado alzamiento: la nueva villa la miraban como freno que habia querido imponérseles, y á los moradores como otros tantos tiranos de su libertad.» Esto pasaba á fines del año de 49; y todo pareció serenarse, habiendo reducido á prision D. Diego de Lara gefe de la villa, á los que parecian atizar el fuego de la sublevacion.

Los ánimos estaban inquietos y cada uno presentia el estallido de la tempestad. Los españoles sin minorar sus extorsiones, redoblaban la vigilancia y se mantenian siempre en guardia, esperando la hora del ataque: los indígenas devorando en silencio los motivos de su dolor, procuraban preparar un golpe seguro para librarse de sus agresores, y como ya antes habia sucedido en Sinaloa, los pueblos de la Topia y la provincia de los tepehuanes, la víctima contra quien se asestaba el primer tiro, era el misionero, que no tenia mas delito que encender en aquellos rústicos albergues, la antorcha de la civilizacion. Cada dia que pasaba, se represaba un odio mas en los oprimidos corazones de los indígenas: era un campo sembrado de pólvora que solo esperaba una chispa producida por la mas pequeña fricción, para levantar un violento y devorador incendio.

El dia 15 de Mayo de 1650 pasó el padre Cornelio á poner la extremaunción á una india jóven, que aunque grave no se creia tan cerca á las puertas de la eternidad; pero despues de recibido el sacramento, no duró ni dos horas en espirar. La madre arrebatada de dolor, salió delirante dando voces por el pueblo, diciendo que el padre con aquellos aceites habia quitado la vida á su hija: y los ánimos ya de ante mano conmovidos, no necesitaron mas que aquella calumnia para correr á las armas. En

ese día debió haber tenido principio la sublevación; á no ser por las exhortaciones del religioso, que después de mucha fatiga logró sosegar los ánimos de aquella multitud; pero no hizo sino aplazarse para algunos días después, porque un indio llamado *Teporaca* dotado de grande ingenio y que gozaba de bastante reputación por sus discursos persuasivos y sus conocimientos militares, auxiliado de los gefes de los pueblos de Iguachinipa y Yaguanaque, no cesó de dar pábulo al mal apagado incendio. Muchos pueblos fueron convocados para tomar las armas y cuando todo estaba dispuesto, se juntaron la madrugada del 4 de Julio en la misión de Papigochi, y en medio de los gritos de aquella multitud de enemigos, pusieron fuego á la casa del indefenso padre Cornelio, que solo tenía en su compañía un soldado llamado Fabian Vasquez. Este como buen veterano, atendía más que á su alma á las leyes del honor y de la disciplina militar; y aunque no desconocía la gravedad del peligro, pensó vender en él cara su vida: tomó luego sus armas; pero el apostólico varón que lo acompañaba y según se supo después por unos muchachos que lo acompañaban, le dijo: "No estamos en estado de ofender con esas armas, ni siquiera de defendernos: es llegada la hora de Dios; y debemos prepararnos para ella, pues la casa está cercada de bárbaros y el fuego nos obligará pronto á entregarnos en sus manos." Luego se sentó y confesó al soldado, abriendo luego la puerta para dirigirse á la Iglesia. En aquel momento, un fuerte alarido se repitió por toda la línea que circundaba la casa: en un instante el cuerpo del religioso quedó erizado de flechas; y bañado en sangre entró hasta el altar mayor donde se postró para hacer sus últimas oraciones, que no dejarían de hacerse en favor de sus mismos sacrificadores y de los españoles que con sus injustas extorsiones, lanzaron á los indígenas en los momentos de dar los primeros pasos para salir de la

barbarie, á mancharse con la sangre de un justo. Aquella frenética muchedumbre entró á la Iglesia, pusieron al padre un cordón al cuello, con que lo sacaron arrastrando hasta la cruz del cementerio, donde acabó de espirar al golpe de las macanas. Con la misma crueldad se quitó la vida á Fabian Vasquez y la Iglesia fué profanada con horribles sacrilegios, arrojando al suelo las sagradas formas, los santos oleos, despedazando las imágenes de los Santos y repartiéndolos entre sí las vestiduras sacerdotales y los sagrados paramentos. Al amanecer, todos desaparecieron para refugiarse en las cumbres de los cerros, y cuando D. Diego de Lara llegó con la gente de la villa de Aguilar, todo el pueblo estaba solo, la casa del ministro reducida á cenizas y los cadáveres del Padre Cornelio y del soldado Vasquez desnudos al pié de la cruz. ¡Horrible cuadro: pintado á fuego y sangre en el toscó lienzo de la barbarie indígena, con el pincel de la cruel é inhumana política de atropellar los derechos del hombre y mancillar su dignidad! Si la conducta de los pobladores castellanos, hubiera correspondido á los principios de la religión que profesaban, no se habrían desdeñado de tratar fraternalmente al desnudo y rústico americano y reconocer los derechos que en su nacimiento le daba el Autor de la naturaleza; pero por un principio cuya justicia yo no puedo reconocer, aun suponiendo un atraso de tres siglos en los avances de la inteligencia, los españoles se creyeron dueños absolutos de un suelo que jamás les pudo pertenecer, y viendo á sus habitantes como un obstáculo para poseer tranquilamente sus derechos usurpados, los entregaban á la muerte sin compasión algunas veces, reputándose por almas muy generosas, los que por no manchar sus manos en una sangre inocente, los abandonaban á la vida más abyecta como seres envilecidos.

Estos terribles acontecimientos del valle de Papigochi

rápidamente se comunicaron á las demás poblaciones de españoles y luego se dió orden al capitán Barraza para que fuera á contener los progresos de la sublevación, combinando sus operaciones con las del capitán Juan Fernandez Morales, que del Parral debía moverse con el mismo fin. Este arrogante gefe al emprender esta campaña escribió una carta llena de satisfacción, manifestándose muy contento de ser el primero que salía á dar á los rebeldes el merecido castigo; pero bien pronto tuvo la vergüenza de su confusión, porque su imprudencia se estrelló ante una pericia militar hasta entonces desconocida en los indígenas. Estos habían ocupado un sitio fuerte por naturaleza, que era un alto cerro, circumbalado por dos arroyos, cuyos altos paredones impedían la subida. Y lo que á la naturaleza faltó hacer inaccesible, lo hizo la industria de los naturales dirigidos por el ingenioso é infatigable Teporaca. Los pasos que podían facilitar la subida, los impidieron formando trincheras á proporcionados trechos. Barraza se oponía al ataque en aquel fuerte atrincheramiento; pero Fernandes Morales lleno de vanidad, quizo tener la gloria de darlo, mientras su compañero quedaba cuidando los bagajes: inútilmente se fatigó todo el día, al entrar la noche tuvo que ocultar su vergüenza en el campamento de sus compañeros.

Ya no pensaron atacar mas, sino esperar que consumidos los vívires de los del cerro, proporcionarán la ocasión de batirlos fuera de sus trincheras: cada ejército guardó sus posiciones por seis días, teniendo solo algunas escaramuzas con algunos destacamentos, que para provocarlas mandaban los de la altura; pero al sétimo, quedando en la cumbre del cerro solo los muy precisos para guardarlo, bajó el resto á provocar una batalla que fué admitida por los españoles. Apenas hubo comenzado, cuando los indios emprendieron la fuga con dirección á un bosque inmediato: y cuando los españoles embriagados con el placer

del triunfo los siguieron hasta aquel punto, recibieron un rudo desengaño, siendo allí batidos por todas partes; y con mucha dificultad pudieron salir, protegidos por los que habían quedado guardando el campamento. Con este quebranto y la falta de víveres, el ejército español cada día se sentía mas débil, mientras que el enemigo se envalentonaba con sus triunfos y con los refuerzos que recibía. En vista de esto resolvieron los gefes españoles levantar el campo, lo cual hicieron de noche, dejando á la vista de los contrarios las hogueras acostumbradas y algunos indios auxiliares, que con sus cantos llamaran la atención del enemigo hasta la madrugada.

D. Diego Fajardo gobernador de Durango, sintió esta ocurrencia; y conociendo el peligro á que todas las poblaciones de españoles quedaban expuestas, si se dejaba á los indígenas cantando el triunfo, reunió las tropas que pudo y á grandes marchas llegó pronto al fuerte enemigo. El primer día fué rechazado sin poder tomar á los contrarios ni una sola trinchera, pero al siguiente fué mas feliz y logró hacer bastante destrozo á los indios, muriendo los principales gefes que habían organizado la defensa. Esta circunstancia, hizo desmayar á los defensores del cerro: y protegidos por la oscuridad de la noche, abandonaron el puesto, cediendo el triunfo á los españoles.

El gobernador Fajardo, recibió en el ataque algunas heridas y á causa de ellas fué preciso retirarse al Parral, dejando la conclusión de la campaña, á cargo del capitán Barraza, que obrando con actividad, pronto obligó á los fugitivos á pedir la paz volviendo á sus antiguos pueblos; aunque como se vió luego, esto no fué sino una tregua, para disponerse mejor á consumar el exterminio que se habían propuesto.

Durante aquellos días de aparente calma, el indomable

UNIVERSIDAD DE NUESTRO SEÑOR  
DE GUATEMALA  
"ALFONSO DE VILSA"  
MEXICO

Teporaca no cesaba de trabajar en sus combinaciones, que supo preparar con tanta reserva como astucia, pues la primera noticia que los vecinos de la villa de Aguilar tuvieron, fué la de verse amagados por un crecido número de indígenas, que llamando por un lado la atención de los soldados, por otro se apoderaban de los caballos y mulas de los españoles y talaban los campos, lo cual hizo retroceder á los soldados, que por haber sufrido algunas pérdidas exparcieron el desaliento en la villa á la vez que aumentaron el brio de los tarahumares. Ese día se contentaron estos con el daño que causaron á los de la villa; pero sin dar tiempo á que les pudiera llegar algun auxilio, en la misma noche dieron el ataque á la villa, cuyos vecinos conociendo cercano su fin, se dispusieron á recibirlo, recibiendo los auxilios de su alma, del nuevo ministro que substituyó al padre Cornelio, y que era un napolitano de nacimiento, el padre Antonio Jacome Basile. Mientras el Padre exhortaba el fervor de todos para morir cristianamente, los soldados hacían la defensa de las casas mas fuertes donde se habia reconcentrado toda la gente de la villa; pero la muchedumbre de los indios en medio de su espantosa algarabía barrenaban las paredes de las casas con sus coas y demas instrumentos que les servian para la labranza, quemaban la parte inflamable de los edificios y á proporcion que se acercaba el peligro, era mayor la afliccion de las familias; y era una confusion horrible en la que estaban multitud de mujeres y niños anegados en llanto, envueltos en el espeso humo y puestos en la dura alternativa de morir, ó devorados por el fuego ó en las manos de sus furiosos enemigos.

En esta angustiada situacion, el capitán y los soldados resolvieron salir y tomar la ofensiva; pero no pudieron abrirse paso y pronto cayeron atravesados por la multitud de flechas: entonces el padre Jacome Basile, salió con el

crucifijo en la mano exhortando á la paz á los implacables enemigos, que por respuesta mandaron sus dardos que postraron luego al religioso, sin que hubiera ya freno que contuviera aquella muchedumbre aguijoneada por el espíritu de venganza. Nada se escapó á su furor: todos los habitantes sucumbieron, y la villa entera fué convertida en pavezas. De allí, con el ímpetu de un torrente invadieron las inmediatas poblaciones, haciendo sentir su furia sobre todas con la misma atrocidad; y no saciándose sus irritados espíritus con aquella sangre, se esparcieron por los pueblos mas lejanos de la provincia como Santiago, Santa Isabel, Yagunaque y Guachinipe y otros, en donde quemaron las iglesias y buscaban á los misioneros, como el lobo hambriento á su presa, aunque todos se salvaron porque conociendo la borrasca, oportunamente se refugiaron en las seguras poblaciones de Huexotitlan y San Felipe.

En este mismo tiempo, tuvo lugar la sublevacion de los tobosos, y las fuerzas del Parral recibieron orden de ir á sujetarlos: á lo cual representó el padre Pascual presidente de las misiones de la Tarahumara, porque aquellas eran las únicas fuerzas que podian detener á los sublevados de esta provincia; sin embargo, las fuerzas salieron para los pueblos de los tobosos. Luego que los tarahumares supieron la salida de las tropas del Parral, se empezaron á reunir para dar el último golpe á todas las poblaciones de españoles; pero la campaña contra los tobosos fue muy breve y pronto volvieron contra los tarahumares, antes que pudieran reunirse todos con el gefe Teporaca. El grueso principal de estos se hallaba cerca de Chihuahua y allí fué atacado, sin que en los primeros combates se hubiera conseguido alguna ventaja sobre ellos; pero una defeccion del gefe que mandaba aquella partida, dió el triunfo á los españoles, haciendo que sus fuerzas abandonaran